

Un Sermón Para Indolentes Evidentes y Para Seguidores Nominales de las Religión

NO. 742

SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 24 DE MARZO DE 1867,
 POR CHARLES HADDON SPURGEON,
 EN EL SALÓN 'THE AGRICULTURAL HALL,' ISLINGTON.

“Pero ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero, le dijo: Hijo, vé hoy a trabajar en mi viña. Respondiendo él, dijo: No quiero; pero después, arrepentido, fue. Y acercándose al otro, le dijo de la misma manera; y respondiendo él, dijo: Sí, señor, voy. Y no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre? Dijeron ellos: El primero. Jesús les dijo: De cierto os digo, que los publicanos y las rameras van delante de vosotros al reino de Dios. Porque vino a vosotros Juan en camino de justicia, y no le creísteis; pero los publicanos y las rameras le creyeron; y vosotros, viendo esto, no os arrepentisteis después de creerle.”
Mateo 21:28-32.

La contemplación de esta vasta arena y de esta desbordante asamblea me trae a la memoria otros espectáculos que tenían lugar en los anfiteatros del antiguo Imperio Romano, en días que felizmente hace ya mucho tiempo que transcurrieron. En derredor, en las graderías, se reunían las multitudes con sus crueles ojos y sus impertérritos corazones; y en el centro, estaba de pie un hombre solitario, sin amigos, en espera de que se alzaran las puertas de la jaula del león para ser inmolado como un testigo de Cristo y como un sacrificio para la furia popular. No habría habido ninguna dificultad entonces para identificar en aquella audiencia lo precioso de lo vil. El viajero más incauto sabría de inmediato cuál era el discípulo de Cristo y cuáles eran los enemigos del Crucificado. Allí permanecía el discípulo, gallardamente tranquilo aunque a punto de morir, pero en torno suyo, en esas inmensas graderías del Coliseo, o de algún anfiteatro de alguna ciudad provinciana, según fuese el caso, estaban sentados los nobles y las matronas, los príncipes y los campesinos, los plebeyos y los patricios, los senadores y los soldados, todos mirando hacia abajo con la misma mirada fiera e inmisericorde, todos clamando estrepitosamente a sus dioses paganos, y todos vociferando de gozo por la contemplación de las agonías del discípulo del odiado Galileo, asesinado sanguinariamente para celebrar alguna fiesta romana.

En este día tenemos ante nosotros otro espectáculo con asociaciones mucho más felices, pero, ¡ay!, hoy la tarea de separar la paja del trigo y lo precioso de lo vil es mucho más difícil de lo que era en los días cuando el apóstol batallaba en Éfeso contra las fieras. Aquí, en esta arena, espero que haya cientos, si no es que miles, que estarían dispuestos a morir por nuestro Señor Jesús; y en estos asientos atestados podemos contar

por cientos a los seres que llevan el nombre y que aceptan el Evangelio del Hombre de Nazaret; y, sin embargo, me temo que tanto en estas colinas vivas, a uno y otro lado, como sobre este vasto piso, hay muchos enemigos del Hijo de Dios que se olvidan de Sus justas exigencias, que se han despojado de esas cuerdas de amor que deberían atarlos a Su trono, y que nunca se han sometido al poderoso amor que se mostró en Su cruz y en Sus heridas.

Yo no puedo intentar hacer esa separación. Tienen que crecer juntos hasta la siega. Dividirlos sería una tarea que en este momento ni siquiera los ángeles podrían llevar a cabo, pero que un día realizarán fácilmente, cuando a instancias de su Señor, habiendo llegado la hora de la siega, recogerán primero la paja en manojos para quemarla, y después juntarán el trigo en el granero de Jehová. No intentaré hacer la división, pero le pido a cada individuo que intente hacerla él mismo en su propio caso. Yo les pido a ustedes, jóvenes y doncellas, ancianos y padres, que se autoexaminen hoy para saber si están en la fe. Que nadie dé por sentado ser un cristiano sólo por haber ayudado a abultar los números de alguna asamblea cristiana. Que nadie juzgue a su semejante, sino cada uno debe juzgarse a sí mismo. A cada quien le pido, con profunda sinceridad, que sea su conciencia la que establezca una división, y que sean sus entendimientos los que separen entre quien teme a Dios y quien no le teme. Aunque ningún varón vestido de lino trayendo a su cintura un tintero de escribano pasará por en medio de ustedes para poner una señal sobre la frente a los hombres que gimen y claman a causa de todas las abominaciones de esta ciudad, que su conciencia tome el tintero de escribano y ponga honestamente la marca, o deje sin poner el signo favorecido, y que cada uno se cuestione esta mañana: “¿Estoy del lado del Señor? ¿Estoy a favor de Cristo o a favor de Sus enemigos? ¿Recojo con Él o desparramo? “¡Dividan! ¡Dividan!” dicen en la Cámara de los Comunes. Digamos hoy lo mismo en esta gran congregación. Las divisiones políticas son sólo nimiedades comparadas con la distinción absolutamente importante que quisiera que consideraran. Dividan tal como serán divididos a la diestra y a la siniestra en el gran día cuando Cristo juzgue al mundo en justicia. Dividan tal como serán divididos cuando la bienaventuranza del cielo, o los ayes del infierno, se conviertan en su eterna porción.

Si todos nosotros fuéramos divididos así en dos campamentos, podríamos decir que los de este lado han hecho un pacto con Dios por un sacrificio, y los que están al otro lado son todavía enemigos de Dios por sus obras perversas. Y mirando a la última clase mencionada, podríamos considerar que es necesario todavía—a manera de una aplicación personal—hacer una segunda división entre ellos, pues aunque todos los incrédulos están igualmente sin perdón y sin ser salvos, con todo, no son iguales en las circunstancias de su caso ni en las formas externas de sus

pecados. Semejantes por estar sin Cristo, son aun así muy diferentes en su condición mental y moral.

Confío que esta mañana fui guiado por el Espíritu de Dios a mi texto, pues es de tal naturaleza que a la vez que me capacita para dirigirme a todo el grupo de los inconversos, me proporciona una esperanzadora oportunidad de llegar a la conciencia de cada uno, dividiendo a la gran compañía de los inconversos en dos clases distintas. Oh, que para cada tribu de inconversos, hubiere dispuesta una bendición en este día.

Primero, vamos a dirigirnos a *aquellos que son declaradamente desobedientes a Dios*; y, en segundo lugar, a aquellos que son *engañosamente sumisos a Él*.

I. Primero, tenemos una palabra para AQUELLOS QUE SON DECLARADAMENTE DESOBEDIENTES A DIOS. Hay muchas de esas personas aquí. Dios les ha dicho a ustedes como les dice a todos los que oyen el Evangelio: “Hijo, vé hoy a trabajar en mi viña,” y ustedes han respondido, tal vez honestamente, pero en verdad de manera muy atrevida, muy ruda y muy injusta: “No quiero.” No han vacilado al respecto sino que han rechazado tajantemente las peticiones de su Creador. Han dicho sin tapujos lo que pensaban, no sólo con palabras, sino de una manera más enérgica e inconfundible, pues las acciones hablan mucho más fuertemente que las palabras. Por sus acciones, ustedes han dicho repetidamente: “No serviré a Dios ni creeré en Su Hijo Jesús.”

Mi querido amigo, me alegra verte aquí esta mañana, y confío que las cosas cambien para ti antes que abandones este salón, pero por el momento no has rendido ni siquiera una obediencia externa a Dios, antes bien, en todo has dicho: “No quiero.” *Prácticamente* has dicho: “No adoraré a Dios ni asistiré a ningún lugar de adoración los domingos, pues es un fastidio intolerable para mí. No cantaré las alabanzas de mi Hacedor ni pretenderé bendecir al Dios por quien no siento ningún amor. No me uniré a la oración pública pues no es de mi agrado. No voy a fingir hacer la oración matutina y vespertina en privado: ¿de qué me sirve? No voy a orar en absoluto; no creo en su eficacia, y no voy a ser tan hipócrita como para seguir una práctica vana en la que no creo para nada. En cuanto a lo que se conoce como pecado, yo lo amo y no renunciaré a él.” Estás orgulloso de ser llamado un hombre honesto, pues admites los comentarios de tus semejantes sobre ti, pero desprecias ser considerado religioso, pues no admites los derechos de tu Hacedor. Tú prestas una alegre obediencia a las justas peticiones de otros, pero a las justas y tiernas peticiones de Dios les das una negativa clara y evidente. Tan claramente como pueden hablar las acciones, tú dices por tu descuido del día de guardar, por tu menosprecio de la oración, por tu falta de lectura de la Biblia, por tu perseverancia en el pecado conocido y por el curso entero de tu vida: “No quiero.” Como Faraón has preguntado: “¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz?” Compartes la mente de aquellas personas de tiem-

pos antiguos que decían: “Por demás es servir a Dios. ¿Qué aprovecha que guardemos su ley?”

Además, amigo mío, todavía no has dado tu asentimiento a las doctrinas de la Palabra de Dios; por el contrario, ni *intelectualmente*, ni prácticamente, sigues las indicaciones de Dios. Has plantado en tu mente la idea que tienes que es preciso entenderlo todo antes de creerlo, una idea, permíteme decirte, que nunca serás capaz de implementar, pues tú no puedes entender ni siquiera tu propia existencia, y hay otras diez mil cosas en torno tuyo que no podrás comprender nunca, pero que tienes que creer o permanecerás siendo para siempre un monumental necio. Aun así le pones reparos a esta doctrina o a esa doctrina, lanzando improprios al sistema evangélico en general, y si se te preguntara en una reunión de jornaleros por qué no asististe a un lugar de adoración, tal vez presumirías diciendo que te mantuviste alejado de la adoración porque no te gustaba esta doctrina o aquella (en vez de aceptar que no las entendías).

Déjenme decirles por cuenta propia que en lo que a mí concierne, es de la más mínima importancia para mí que mi doctrina les guste o no; por su propio bien yo estoy grandemente ansioso de que crean la verdad que está en Jesús; pero mientras vivan en pecado, su desagrado por una doctrina muy probablemente sólo me haga sentir más seguro de su verdad, y me conduzca a predicarla con mayor confianza y ahínco. ¿Piensan que hemos de aprender la verdad de Dios basándonos en las simpatías o antipatías de quienes rehúsan adorarle y necesitan una excusa para sus pecados? Oh hombres y mujeres inconversos, falta mucho tiempo para que acudamos a ustedes para aprender lo que quisieran que les predicáramos, y si cayéramos tan bajo como para hacer eso, ustedes mismos nos despreciarían. ¡Qué!, ¿acaso el médico habría de preguntarle a su paciente qué tipo de medicina desearía que le prescribiera? Entonces ese hombre no necesita ningún médico pues él puede autorecetarse. Es mejor que le pida al doctor que salga directamente por la puerta trasera. ¿De qué serviría un médico así? ¿Cuál sería la utilidad de un ministro que estuviera dispuesto a someterse servilmente a los gustos depravados y a los apetitos pecaminosos y preguntara: “Cómo quisieran que les predique? ¿Qué cosas apacibles habré de ofrecerles?”

¡Ah amigos!, tenemos un fin más excelso al cual servir que simplemente agradarlos a ustedes. Preferimos salvarlos mediante verdades desagradables, pues las mentiras melosas los llevarán a la ruina. La enseñanza en la que más se deleita la mente carnal es la más letal y engañosa. Las creencias, los gustos y las preferencias de muchos de ustedes tienen que ser modificados, pues de lo contrario no entrarán nunca en el cielo. Yo admito que hasta cierto punto me gusta su honestidad al haber dicho categóricamente: “No serviré a Dios,” pero es una honestidad que

me hace estremecer, pues delata un corazón tan duro como la solera de un molino.

Además, tú has dicho: “No serviré a Dios,” y hasta este momento es muy posible que nunca hayas tenido la disposición de arrepentirte de haberlo dicho, pues los caminos del pecado son dulces para ti y tu corazón está firme en su rebelión. Nunca has sentido esa convicción de pecado que el Espíritu Santo ha obrado en algunos de nosotros. Si la hubieras sentido, pronto habrías tenido que renunciar a tu: “No quiero.” Si el poder de la gracia de Dios—del cual miles de nosotros testificamos que es un poder tan real como el que guía a las estrellas o provee de alas al viento—si la gracia todopoderosa de Dios te asiera, no dirías más: “No creo en esto o en aquello,” pues, tan trémulamente como cualquiera de esos seres a quienes desprecias ahora, tú clamarías: “¿Qué debo hacer para ser salvo?” Hasta ahora no has sentido nunca ese poder, y, por tanto, no me sorprende que no lo reconozcas, aunque el testimonio de testigos honestos debería tener algún peso para ti. Tú no eres ni práctica, ni intelectual ni declaradamente un cristiano; nunca te has engañado a ti mismo ni a los demás haciendo una profesión que no honras, sino que has continuado en tu propia senda elegida, diciendo con mayor o menor resolución, en respuesta a cada llamada del Evangelio: “No quiero.”

Acabamos de decir que la respuesta del hijo a su padre, según está registrada en nuestro texto, fue muy clara; no fue, sin embargo, muy genuina, ni tampoco como su padre habría podido esperarla. Su padre le dijo: “Hijo, vé hoy a trabajar en mi viña,” y el hijo le respondió rudamente: “No quiero, que quede claro,” y sin otra palabra de disculpa o razón, prosiguió su camino. Eso no es como debió ser, ¿no es verdad? Aun así, amigo mío, pudiste haber sido demasiado precipitado y, por eso, haber sido injusto. ¿No es muy posible que le hayas negado a Dios y a Su Evangelio el respeto que ambos realmente merecen? Tú has hablado muy claramente, pero al mismo tiempo muy irreflexiva y muy duramente al Dios que merece mejores cosas de ti. ¿Le has dado alguna vez la debida consideración a las exigencias del Señor Jesús? ¿No has desechado el Evangelio con una mofa que es bastante indigna de ti? ¿No has tenido miedo de mirar los asuntos entre Dios y tu alma claramente en el rostro?

Creo que ese es el caso de cientos de personas aquí presentes; yo sé que es el caso de miles y de decenas de miles en Londres. Han aseverado rotundamente, y han dicho: “¡No quiero nada con tu religión! Ya lo he decidido y no pienso cambiar; la odio y no voy a escucharla.” ¿Ninguna voccecita interna les dice nunca que eso no es justo ni para ellas ni para Dios? ¿Ha de decidirse tan fácilmente el asunto? Supongan que resultara que la religión de Jesús es verdadera, ¿qué pasaría entonces? ¿Cuál será la porción de quienes lo desprecian? Querido oyente, la religión de Jesús es verdadera y yo he comprobado su verdad en mi propio caso. Considé-

ralo, te lo ruego, y no juegues con tu alma inmortal. Así dice el Señor: “Meditad sobre vuestros caminos.”

Ahora es tiempo que les diga a los impíos declarados cuál es su estado real. Ustedes han estado bastante orgullosos de su honestidad, y, mirando despectivamente a ciertos profesantes de la religión, han dicho: “¡Ah!, yo no ando fingiendo como ellos; yo soy honesto, lo soy.” Amigo, tú no puedes aborrecer a los hipócritas más que yo, y si pudieras encontrar una buena oportunidad de reírte de ellos, te ruego que lo hagas. Si de cualquier manera pudieras enterrar alfileres en sus bolsas de viento para dejar salir el gas de su profesión, te ruego que lo hagas. Yo trato de hacer algo de eso a mi manera. ¡Haz tú lo mismo! Tú y yo estamos de acuerdo en esto, espero, en odiar de todo corazón cualquiera cosa parecida a una impostura y una falsedad; pero si comienzas a erguir tu cabeza y a considerarte muy superior porque no haces ninguna profesión, debo rebajarte un poco recordándote que no es ningún crédito para un ladrón que no haga ninguna profesión de ser honesto, y no es considerado algo sumamente honorable que un hombre no haga ninguna profesión de decir la verdad. Pues el hecho es que un hombre que no profese ser honesto es un ladrón declarado, y quien no reclame decir la verdad es un mentiroso reconocido; así, al escapar de un cuerno eres arrojado contra otro; evitas la roca pero te hundes en arenas movedizas. Tú eres un confeso y declarado indolente en cuanto a Dios, un resuelto despreciador de la gran salvación y un reconocido incrédulo del Cristo de Dios.

Cuando nuestro gobierno arresta en cualquier momento a personas sospechosas de ‘fenianismo,’ no tiene ninguna dificultad en identificar a esos caballeros que se glorían en vestir el uniforme verde y en ostentar la gran pluma. “Sígueme”—le dice el agente de la policía—“tú eres el hombre, pues vistes el uniforme del regimiento rebelde.”

De igual manera, cuando el ángel de justicia arreste a los enemigos del Señor, no tendrá ninguna dificultad en arrestarte y acusarte, pues, poniendo sus manos sobre tu hombro, te dirá: “Tú llevas el uniforme del regimiento de los enemigos de Dios, clara y descaradamente, tú reconoces que no temes a Dios ni confías en Su salvación.” No se necesitará llamar a unos testigos para tu caso en el último gran día; te pondrás de pie, no tan valerosamente como lo haces hoy, pues, cuando los cielos estén ardiendo y la tierra se meza de un lado a otro y la gran nube blanca llene el campo de visión y los ojos del gran Juez ardan como lámparas de fuego, mostrarás un semblante diferente y una expresión distinta de la que mantienes delante de un pobre predicador del Evangelio. ¡Ah!, mi querido oyente impío, con un caso como el tuyo no habrá ninguna necesidad de juicio, pues por tu propia boca serás condenado.

Sin embargo, no vine aquí para hablarte únicamente de tus pecados, sino para ayudarte a escapar de ellos. Era necesario que se dijera todo esto, pero ahora pasamos a algo mucho más agradable. Este día tengo

esperanzas de que algunos de ustedes oigan esa pequeña palabra que está en el texto: “*después.*” Dijo: “No quiero; pero *después*, arrepentido, fue.” Es una larga vereda que no tiene desvíos, pero hemos de confiar que hemos llegado ahora a un desvío. Queda espacio para tu arrepentimiento. Aunque fueras un borracho, o un maldiciente o un lascivo, la suerte no está echada y es todavía posible un cambio. Que Dios nos conceda que ustedes hayan llegado al momento cuando se diga de ustedes: “Después se arrepintió; cambió de opinión; creyó en Jesús, y obedeció a la palabra del Señor, y fue.” Tal vez el hijo descrito en la parábola pensó con un poco más de calma al respecto. Se diría: “Voy a considerar el asunto, pues pensarlo bien resulta ser lo mejor. Le gruñí a mi padre, y le di una respuesta cortante, y vi unas lágrimas que brotaban de los ojos del buen hombre. Lamento haberlo contristado. El pensamiento de contristarle me hace cambiar mi mente. Le dije: ‘No,’ pero no lo pensé bien. Se me olvidó que si voy a trabajar en la viña de mi padre, estaré trabajando para mí mismo, pues soy su hijo mayor, y todo lo que él tiene habrá de pertenecerme, así que soy muy insensato al rehusar trabajar para mi propio beneficio. ¡Ah!, ahora veo que mi padre tenía mi beneficio en su corazón, y, por tanto, iré como me lo pidió.” Véanlo, carga las herramientas sobre sus hombros y se marcha para trabajar con todo su empeño. Había dicho: “No quiero,” pero se arrepintió y fue, y por todo eso se admite que hizo la voluntad de su padre.

Oh, yo espero que muchos hombres y mujeres presentes en este salón, el Agricultural Hall, clamen ahora: “Yo en verdad me retracto de lo que he dicho. Iré a mi Padre y le diré: ‘Haré lo que me pides. No contristaré tu amor.’ No voy a perder la oportunidad de prosperar el mejor interés de mi alma, por tanto, obedezco el mandato evangélico.” Voy a suponer que veo a una de esas personas ante mí, y voy a hablarle. Tal vez dijera: “No quiero,” porque realmente no entendía lo que era la religión. Después de todo, cuán pocos conocen el camino de la salvación. Aunque asistan a la iglesia y a la capilla, no han aprendido todavía el plan de Dios para perdonar a los pecadores.

¿Conoces el plan de salvación? Óyelo y vive por él. Has ofendido a Dios. Dios tiene que castigar el pecado. Es una ley inmutable que el pecado tiene que ser castigado. Entonces, ¿cómo puede Dios tener misericordia de ti? Pues bien, únicamente de esta manera: Jesucristo vino del cielo y sufrió en el lugar, en la condición y en sustitución de todos los que confían en Él. Sufrió lo que ellos debían haber sufrido, de tal manera que Dios es justo, y, con todo, es capaz al mismo tiempo de perdonar al peor de los pecadores a través de los méritos de Su amado Hijo. Cristo ha pagado todas tus deudas, si fueras un creyente en Él. Si tan sólo vienes y descansas en Jesús y únicamente en Jesús, Dios no puede castigarte por tus pecados, pues Él castigó a Jesús por ellos, y no sería justo de Su

parte castigar a Cristo y luego castigarte a ti, exigir el pago de la Fianza primero y después exigir el pago del deudor.

Mi querido oyente, sin importar quién seas, sin importar cuál pudiera haber sido tu vida pasada, si confías en Cristo, serás salvo de todo tu pecado en un instante; toda tu vida pasada completa será borrada; no permanecerá en el libro de Dios ni siquiera un solo cargo contra tu alma, pues Cristo, que murió por ti, quitará tu culpa y no te dejará con ninguna mancha delante del rostro de Dios. Lee el último versículo de mi texto, y verás que fue por la fe que los hombres entraron en el reino de Dios en los tiempos antiguos, y es todavía por la fe que los hombres son salvados. “He aquí el Cordero de Dios,” dijo Juan el Bautista, y si miras a ese Cordero sangrante, vivirás. ¿Entiendes esto? ¿Acaso no es sencillo? ¿No es apropiado para ti? ¿Todavía rehusarás obedecer? ¿No te apremia el Espíritu Santo a ablandarte? ¿No dices ni siquiera ahora: “Es muy sencillo”? “Voy a confiar en Jesús—

***‘Culpable, pero con un corazón ablandado,
Voy a volar a las heridas del Salvador.’***

Iré esta mañana, con la ayuda de Dios, no sea que la muerte venga antes que el sol se ponga. Confiaré en Cristo para mi salvación. ¡Precioso camino de salvación! ¿Por qué no habría de ser salvado?”

También es posible que hubieras dicho: “No quiero,” porque realmente pensaste que no había esperanza para ti. ¡Ah, amigo mío!, permíteme que te asegure, y, ¡oh!, cuánto me alegra poder hacerlo, que hay esperanza para el más vil por medio de la sangre preciosa de Jesús. Nadie podría ir demasiado lejos para que el largo brazo de Cristo no pudiera alcanzarle. Cristo se deleita en salvar a los peores pecadores. Él les dijo a Sus apóstoles: “Predicad el evangelio a toda criatura, pero comenzad,” ¿dónde?, “comenzad en Jerusalén. Allí viven los desdichados que escupieron en mi rostro. Allí viven los seres crueles que clavaron los clavos en Mis manos. Vayan y predíquenles el Evangelio a ellos primero. Díganles que puedo salvar, no meramente a los pequeños pecadores, sino al peor de los pecadores. Díganles que confíen en Mí y vivirán.” ¿Dónde estás tú, criatura desesperada? Yo sé que el diablo tratará de impedir que el sonido del Evangelio llegue a tus oídos, si pudiera hacerlo, y, por tanto, yo quisiera “clamar a voz en cuello y no detenerme.” Oh, ustedes, pecadores desesperados, no hay espacio para la desesperación de este lado de las puertas del infierno. Aunque hubieren atravesado las cloacas más inmundas de la iniquidad, ninguna mancha podría prevalecer contra el poder de la sangre limpiadora—

***“Hay una fuente llena de sangre,
Proveniente de las venas de Emanuel,
Y los pecadores que se sumergen en esa sangre,
Pierden TODAS sus manchas culpables.”***

Oh, yo confío que ahora que sabes que hay esperanza para ti, digas: “Entonces voy a acudir de inmediato y voy a poner mi confianza en Jesús.”

Mientras les doy ánimo para arrepentirse de su negligencia para con Dios, permítanme invitarlos a venir a Jesús e insistirles de nuevo. ¡Ah, mi querido amigo!, pronto vas a morir, y aunque, en su estúpida insensibilidad, algunos hombres malvados mueren muy plácidamente, y como dijo David: “No pasan trabajos como los otros mortales, ni son azotados como los demás hombres, pues su vigor está entero,” con todo, ya sea que lo perciban o no, es algo terrible morir acompañado de un pecado sin perdonar. ¿Qué hará tu alma culpable cuando deje el cuerpo? Piensa en eso un minuto. Es un asunto digno de tu pensamiento. Algunos de ustedes, con toda probabilidad, morirán esta semana. No es probable que tantos miles de nosotros marchemos a través de una semana entera y seamos encontrados vivos al término de ella. Bien, entonces, como algunos de nosotros *podríamos* partir en breve, y todos nosotros *tenemos* que partir pronto, miremos al frente y pensemos un poco. Imaginen su alma desvestida del cuerpo. Ha dejado su cuerpo tras de sí, y su espíritu incorpóreo se encuentra en un mundo nuevo. Oh, será algo glorioso si ese espíritu separado ve a Jesús, a quien ha amado, y vuela de inmediato a Su pecho, y bebe para siempre de la fuente cristalina de Su bienaventuranza que fluye perdurablemente; pero sería algo terrible si en vez de eso, tu trémulo espíritu desnudo se despertara para descubrirse sin amigos, sin hogar, indefenso, desesperado, atormentado por el remordimiento y afligido por la desesperación. Qué tal si tuviera que clamar perdurablemente: “Conocía mi deber pero no lo hice; conocía el camino de la salvación pero no quise correr en él. Oí el Evangelio, pero le cerré mis oídos. Viví y al final abandoné el mundo y lo hice sin Cristo, y heme aquí, más allá de la esperanza, sin arrepentimiento ahora, sin fe ahora, sin escape ahora, pues la misericordia y el amor ya no gobiernan más la hora.” Querido oyente, ten piedad de ti mismo. Yo tengo piedad de ti. ¡Oh, si mi mano pudiera arrancarte de esa llama, cuán alegremente lo haría! ¿Acaso tendré yo misericordia de ti y no tendrás tú piedad de ti mismo? ¡Oh, si mis súplicas te persuadieran por la gracia de Dios a confiar en Cristo esta mañana, yo argumentaría contigo mientras mi voz y mis pulmones y mi corazón y mi vida resistieran! Pero, ¡oh, ten piedad de ti! Ten piedad de ese pobre espíritu desnudo que muy pronto estará temblando con suma agonía, una agonía autoprovocada, una agonía de la cual no escapará, una agonía de la cual fue advertido, pero que eligió soportar antes que renunciar al pecado y someterse al cetro de la gracia soberana.

Yo gustosamente espero que estés diciendo: “Yo en verdad me arrepiento ahora, y por la gracia de Dios iré.” Si así fuera, permíteme decirte que hay muchísimas personas en el cielo que una vez, igual que tú, dijeron: “No quiero,” pero después se arrepintieron y ahora son salvos. Te presentaré un cuadro. Por allá veo a un grupo de hombres que cabalgan, y hay uno, el más altivo entre todos, al que los demás le sirven de escoltas. Van a Damasco para encarcelar a los cristianos y forzarlos a blasfe-

mar. Saulo de Tarso es el nombre de ese cruel perseguidor asesino. Cuando Esteban fue martirizado, Dios le dijo a este hombre, Saulo: “Vé hoy a trabajar en mi viña,” pero Saulo respondió tajantemente: “No quiero,” y para demostrar su enemistad, colaboró en la muerte de Esteban. Allá va, cabalgando con mucha prisa para cumplir su perversa encomienda, sin que hubiera nadie más dispuesto y resuelto contra el Señor. Sin embargo, mi Señor Jesús puede domar al león y convertirlo en un cordero. Mientras cabalga, se ve una luz muy intensa, más brillante que el sol al mediodía; cae de su cabalgadura y queda temblando en el suelo, y oye una voz proveniente del cielo que le dice: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” Alzando aturdido sus ojos, ve que había estado persiguiendo ignorantemente al Hijo de Dios. Qué cambio obró en él ese particular descubrimiento. Aquella voz: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues,” rompió su empedernido corazón y lo ganó para la causa. Ustedes saben cómo tres días después de ese incidente, aquel hombre que había sido antes altivo e intolerante, fue bautizado, habiendo profesado la fe en Cristo, ¡a quien acababa de perseguir! Y si quisieran ver a un denodado predicador, ¿dónde podrían encontrar a alguien mejor que el apóstol Pablo, quien, con el corazón ardiendo, escribe una y otra vez: “Lejos esté de mi gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo”? Yo espero que haya un Saulo aquí, que vaya a ser derribado esta mañana. ¡Señor, derribalo! ¡Eterno Espíritu, derribalo *ahora!* Tú tal vez no supieras que habías estado conteniendo con Dios, pero creías que la religión de Jesús era un sueño insensato. Tú no sabías que habías insultado al Salvador moribundo; ahora que lo sabes con certeza, que tu conciencia sea afectada y que a partir de este día, sirvas al Señor.

Debo dejar este segundo punto tan pronto acabe de decir esto. Si hubiere alguien aquí que después de un prolongado rechazo, ceda al final y esté dispuesto a convertirse en un siervo de Dios por la fe en Jesucristo, permítame que le diga para motivarlo, que no estará ni una pizca detrás de aquellos que hicieron una profesión desde hace mucho tiempo y no han dejado de ser fieles, pues el texto dice: “Los publicanos y las ramera van delante de vosotros al reino de Dios.” Pero, ¿qué más dice? “Van al reino” *delante* de aquellos que hicieron una profesión de servir a Dios, pero que no fueron fieles a ella. ¡Ustedes, malvados pecadores, no ocuparán los asientos traseros en el cielo! No habrá un ‘atrio de afuera’ para ustedes. Ustedes, perversos pecadores, gozarán de tanto amor como los mejores y tendrán tanto gozo como los santos más refulgentes. Estarán cerca de Cristo. Se sentarán con Él sobre Su trono. Llevarán la corona. Sus dedos tocarán las arpas de oro. Se regocijarán con un gozo indecible y lleno de gloria. ¿No querrán venir? Cristo olvida sus malos modales anteriores, y les pide hoy que vengan. “Venid”—dice Él—“a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.” Treinta años de pecado les serán perdonados, y hacerlo no tomará ni treinta minutos.

Cincuenta, sesenta, setenta años de iniquidad desaparecerán como desaparece la blanca escarcha matutina delante del sol. Vengan y confíen en mi Señor ocultándose en Sus heridas sangrantes—

***“Alza tus ojos abatidos, y mira:
¡Qué muchedumbres rodean Su trono!
Ellos, aunque una vez fueron pecadores como tú,
Han encontrado la plena salvación.
No cedas entonces a la incredulidad;
Él dice: ‘hay espacio todavía,’
Aunque de los pecadores tú seas el peor,
Puesto que Jesús te llama, ven.”***

II. Ténganme un poco de paciencia un momento mientras me dirijo al segundo tipo de personas, LOS ENGAÑOSAMENTE SUMISOS, que son, por mucho, los más numerosos doquiera en Inglaterra y probablemente los más numerosos también en esta asamblea. ¡Oh, ustedes, mis propios oyentes regulares!, ustedes que han oído mi voz todos estos trece años, muchos de ustedes pertenecen a esta categoría. Ustedes le han dicho al Grandioso Padre: “¡Sí, señor, voy!” pero no han ido. Permítanme bosquejar afligidamente sus retratos: ustedes han frecuentado regularmente un lugar de adoración, y se estremecerían si desperdiciaran un solo domingo en alguna excursión o en cualquier forma de quebrantamiento del día de guardar. Externamente han dicho: “Sí, señor, voy.” Cuando se anuncia el himno, se ponen de pie y cantan, y no obstante, no cantan con el corazón. Cuando digo: “¡Oremos!,” se cubren sus rostros, pero no oran con una plegaria real. Expresan un cortés y respetuoso: “Sí, señor, voy,” pero no van. Dan un asentimiento conceptual al Evangelio. Si yo mencionara alguna doctrina, ustedes dirían: “Sí, eso es cierto. Yo creo eso.” Pero su corazón no lo cree. No creen el Evangelio dentro de su propia naturaleza, pues si lo creyeran, tendría un efecto en ustedes. Un hombre podría decir: “yo creo que mi casa se está quemando,” pero si fuera a acostarse y se quedara dormido, no parecería que lo hubiese creído, pues si la casa de un hombre se está quemando, él trata de escapar.

Si algunos de ustedes realmente creyeran que hay un infierno, y que hay un cielo, como creen en otras cosas, actuarían de manera muy diferente de lo que lo hacen ahora. Debo agregar que muchos de ustedes dicen: “Sí, señor, voy,” en un sentido muy solemne, pues cuando predicamos denodadamente las lágrimas ruedan por sus mejillas, y regresan a casa, a sus aposentos, y oran un poco y todo mundo piensa que su preocupación mental acabará en la conversión. Pero su bondad es “como nube de la mañana, y como el rocío de la madrugada.” Son como estercoleros cubiertos de nieve: mientras dura la nieve se ven blancos y hermosos, pero cuando la nieve se derrite el estercolero sigue siendo todavía un estercolero. ¡Oh, cuántos corazones muy impresionables se parecen a eso! Tú pecas, y con todo, asistes a un lugar de adoración, y tiembles bajo la palabra. Tú ofendes, y lloras y vuelves a ofender; sientes el poder del

Evangelio de un cierto modo, y con todo, te rebelas contra él más y más. ¡Ah, amigos míos!, puedo mirar a ciertos de ustedes en el rostro y saber que estoy describiendo algunos de sus casos al pie de la letra. Han estado diciéndole mentiras a Dios todos estos años, diciendo: “Sí, señor, voy,” pero no han ido. Ustedes saben que para ser salvos tienen que creer en Jesús, pero no han creído. Saben que tienen que nacer de nuevo, pero todavía desconocen el nuevo nacimiento. Son tan religiosos como los asientos en los que se sientan, pero no más; y es tan probable que vayan al cielo como lo es que vayan esos asientos, pero ni una pizca más, pues están muertos en pecado, y los muertos no pueden entrar al cielo. ¡Oh mis queridos oyentes, yo lamento ser llamado a decir algo como esto, y no ser más afectado por el hecho; y, maravilla de maravillas es que ustedes, algunos de ustedes, sepan que es cierto, y sin embargo, que no se sientan alarmados por ello! Es lo más fácil del mundo impresionar a algunos de ustedes por medio de un sermón, pero me temo que nunca van a sobrepasar las meras impresiones pasajeras. Como el agua cuando es hendida, la herida pronto sana. Ustedes saben, y saben, y saben; y ustedes sienten, y sienten, y sienten de nuevo, y, sin embargo, sus pecados, su justicia propia, su negligencia o su maldad deliberada causan que, después de haber dicho: “Sí, señor, voy,” olviden la promesa y le mientan a Dios.

Ahora, yo le hablé muy honestamente al otro grupo, y tengo que ser igualmente claro con ustedes. Ustedes, también, *se incriminan*. No habrá ninguna necesidad de testigos en contra suya. Han admitido que el Evangelio es verdadero. No altercaron con la doctrina del futuro castigo o de la gloria futura. Asistieron a un lugar de adoración, y dijeron que Dios era bueno y digno de ser servido; confesaron que le debían fidelidad a Él, y debían rendírsela. Incluso se han arrodillado y en oración han dicho: “Señor, yo merezco Tu ira.” El grandioso Dios sólo tiene que considerar algunas de sus oraciones formales y encontrará suficiente evidencia para asegurar su condenación. Esas oraciones matutinas tuyas, esas oraciones vespertinas—hipócritas cada una de ellas—serán más que suficientes para condenarlos por su propia boca. ¡Hagan caso! ¡Hagan caso, se los ruego, mientras estén todavía en la tierra de la esperanza!

Tal como me lo recuerda el versículo treinta y dos, todo este tiempo que ustedes han permanecido irredentos, han visto la salvación de publicanos y ramera por medio del mismo Evangelio que no ha tenido ningún poder sobre ustedes. ¿No lo sabes, joven amigo? Quiero decir: ¿tú, hijo de una madre piadosa? Tú sabes que no eres salvo, y, sin embargo, tenías a un obrero borracho en el trabajo de tu padre, y él ha sido estos últimos años un hombre cristiano sobrio, él es salvo, y tú tal vez más bien has adoptado los hábitos que él ha abandonado. Tú sabes que han sido recogidos de las calles pobres mujeres caídas que han sido conducidas a conocer a Cristo, que están entre las más dulces y las más hermosas flo-

res en el huerto de Cristo, aunque una vez fueron proscritas; y, sin embargo, algunos de ustedes, seres respetables, que nunca han adoptado ningún vicio visible en sus vidas, son todavía inconversos, y todavía le dicen a Cristo: “Sí, señor, voy,” pero no han ido. ¡Todavía están sin Dios! ¡Sin Cristo! ¡Perdidos, perdidos, perdidos! Sin embargo, difícilmente podría encontrarse caracteres externos más hermosos. ¡Gustosamente podría llorar por ustedes! ¡Oh, no sean como las manzanas de Sodoma, que son verdes cuando se las mira, pero cuando son estrujadas se deshacen en cenizas! Eviten ser como los árboles de John Bunyan, que eran verdes por fuera, pero que estaban tan podridos por dentro que sólo eran apropiados para ser yesca para el yesquero del diablo. ¡Oh!, eviten decir, como lo hacen algunos de ustedes: “Sí, señor, voy,” pero no van.

Algunas veces veo algunas personas que me alarman y me turban bastante. Yo le digo a alguien: “Mi querido amigo, te estás muriendo; ¿tienes alguna esperanza?” No hay ninguna respuesta. “¿Conoces tu condición perdida?” “Sí, señor.” “Cristo murió por los pecadores.” “Sí, señor.” “La fe nos da de Su gracia.” “Sí, señor.” Dicen: “Sí, señor; sí, señor; sí, señor; sí, señor; sí, señor; sí, señor.” Yo desearía algunas veces, delante de Dios lo digo, que me contradijeran, pues si tuvieran la suficiente honestidad para decirme: “No creo ni una palabra de eso,” yo sabría cómo tratar con ellos. Los robles obstinados son derribados por el ventarrón, pero, ¿qué viento podría derrumbar a los árboles que se doblan frente a todo viento, como el sauce? Oh, amados hermanos, eviten ser endurecidos por el Evangelio, o, lo que es lo mismo, ser ablandados sólo por un tiempo. ¡Cuidense de ser promisorios oyentes de la palabra y nada más!

No pretendo concluir mi discurso hablándoles de esta manera aparentemente dura, la cual, por dura que parezca, está llena de amor por sus almas. Tengo una buena palabra para *ustedes* también. Yo confío que ustedes, presentes en este salón, el ‘Agricultural Hall,’ experimentarán un cambio obrado por el Espíritu Santo, pues aunque en todos estos años hayan hecho falsas profesiones delante de Dios, hay espacio todavía para ustedes en Su fiesta evangélica. ¿Advirtieron el texto? “Los publicanos y las ramera van *delante de vosotros* al reino de Dios.” Entonces es claro que pueden venir después de ellos, porque no se podría decir que entraron *delante* de ustedes, si ustedes en verdad no vinieran después de ellos.

Si el Señor quebranta tu corazón, estarás dispuesto a recibir al Señor Jesús como tu todo en todo precisamente de la misma manera que tiene que hacerlo un borracho, aunque tú no hayas sido un borracho. Estarás dispuesta a descansar en el mérito de Jesús tal como una ramera tiene que hacerlo, aunque tú nunca hayas sido una. Hay espacio para ustedes, personas jóvenes, aunque hayan quebrantado sus votos y apagado sus convicciones. Sí, y ustedes, personas de cabellos canos, pueden ser traídas todavía, aunque por haber vivido tanto tiempo en los medios ex-

ternos nunca hayan entregado sus corazones a Jesús. ¡Oh, vengan! Este día veinticuatro de Marzo, que el Señor se digne traerlos. En este preciso lugar, que el Señor los conduzca a decir en silencio: “Por la gracia de Dios no seré ya más un notorio pretendiente; me voy a entregar a esas amadas manos que se desangraron por mí, y a ese amado corazón que fue atravesado por mí, y voy a someterme en este día al camino de Jesús.

Para concluir mi tema, queridos amigos, el hecho es que el mismo Evangelio ha de ser predicado a una clase de hombres como a todas las demás clases. Yo le pido a Dios que no venga nunca el día cuando seamos encontrados en nuestra predicación hablando acerca de clases obreras, y de clases medias y de clases altas. No conozco ninguna diferencia entre ustedes; ustedes son los mismos para mí cuando predico el Evangelio, ya sea que sean reyes y reinas, o barrenderos de las calles; raso y algodón, paño fino y pana son iguales para el Evangelio. Si ustedes son pares del reino, no recortamos nuestro Evangelio para que se adapte a ustedes, y si son los ladrones más viles, no los excluimos de la voz de la misericordia. El Evangelio viene a los hombres como pecadores, todos igualmente caídos en Adán, igualmente perdidos y arruinados por el pecado. Yo no tengo un Evangelio para Su Majestad la Reina, y otro Evangelio para una mendiga. No, no hay sino un camino de salvación, no hay sino un cimiento, una propiciación, no hay sino un Evangelio. Mira a la cruz de Cristo y vive. La serpiente de bronce fue alzada en alto, y todo lo que Moisés dijo fue: “Miren.” Si un príncipe de la casa de Judá era mordido, se le decía que mirara, y si no miraba, su pendón de león del costoso escudo de armas no le servía de nada; si algún pobre desdichado en el campamento era mordido, tenía que mirar, y la eficacia era la misma para él así como para el más grande del ejército. ¡Miren! ¡Miren! ¡Miren a Jesús! ¡Crean en el Hijo de Dios y vivan! Era una serpiente de bronce para todo el campamento y es un Cristo para todos los rangos y condiciones de hombres. ¡Qué bendición sería si todos fuéramos capacitados a confiar en Cristo esta mañana! Hermanos míos, ¿por qué no? Él es digno de la confianza de todos. El Espíritu de Dios es capaz de infundir la fe en todos. ¡Oh, pobre pecador, míralo a Él!

Queridos oyentes, pudiera ser que no tenga la oportunidad de hablarles nunca más a algunos de ustedes, y, por lo tanto, voy a ejercer cierta presión: por la hora de la muerte, por las solemnidades de la eternidad, yo les imploro y les suplico que acepten el único remedio para el pecado que incluso el propio Dios ofrecerá jamás a los moribundos hijos de los hombres, el remedio de un sangrante Sustituto que sufre en el lugar y en la condición de ustedes, creído y aceptado en el corazón. Arrójense sobre Cristo. El camino de la salvación es justo eso: ¡descansar únicamente en Cristo! Dependar enteramente de Él. Se le preguntó al hombre de color qué había hecho, y dijo: “acabo de caer sobre la roca, y el que está prostrado sobre la roca no puede caer más bajo.” ¡Acuéstate sobre la roca,

pecador! ¡Acuéstate sobre la roca! ¡La perdurable roca de las edades! No puedes caer más bajo que eso.

Voy a concluir con una ilustración muy conocida. Su condición es como la de un niño que está en una casa en llamas, el cual, habiendo escapado hasta el sillar de una ventana, se cuelga del antepecho. Las llamas están saliendo por la ventana del piso inferior, y el pobre muchacho se quemará pronto, o si cae, se despedazará; por lo tanto se sostiene con el rigor del agarre de la muerte. No se atreve a relajar su agarre hasta que un hombre fuerte se para abajo, y le dice: “¡Muchacho! ¡Déjate caer! ¡Déjate caer! Yo te sostendré.” Ahora bien, que el muchacho crea que el hombre es fuerte no es la fe salvadora—eso es una buena ayuda para la fe—pero podría saber eso y, sin embargo, perecer; es fe cuando el muchacho se suelta y cae en los brazos de su fuerte amigo.

Allí estás tú, pecador, asiéndote a tus pecados o a tus buenas obras. El Salvador clama: “¡Déjate caer! ¡Cae en mis brazos!” No es hacer, es dejar de hacer. No es obrar, es confiar en esa obra que Jesús ya ha hecho. ¡Confía! Esa es la palabra, una confianza sencilla, sólida, sincera y de corazón. Confía y no tomará ni una hora salvarte; en el instante en que confíes eres salvo. Pudiste haber venido aquí tan negro como el infierno, pero si tú confías en Jesús, eres perdonado enteramente. El acto de gracia es realizado en un instante; es más veloz que el destello de un rayo. Oh, que Dios el Espíritu lo haga ahora, dándote confianza, para que seas salvado.

Porción de la Escritura leída antes del sermón—Salmo 103.

Nota del traductor:

Fenianismo, feniano: (en inglés: *Fenian*) es un término utilizado desde los años 1850 para referirse a los nacionalistas irlandeses, que se oponían al dominio británico sobre Irlanda.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

**Sermon #742—Volume 13
A SERMON TO OPEN NEGLECTERS...**